

Testimonio **Juan Francisco Martín:**

Islandia, para el que no la conoce, como era mi caso, supone el encuentro de un mundo desconocido, pletórico de rincones de insospechada belleza y, en más de un momento, inolvidable, generando imágenes, a modo de evocación, que tardarán en disiparse del horizonte de recuerdos. Es tal el recuento de impresiones y reflexiones que, mal que me pese, bregan las unas con las otras por hallar el justo recoveco en la memoria.

El comienzo de tan excitante periplo escandinavo tuvo por lugar la capital, a la que habríamos de volver cerrando el denominado "Círculo de Oro" (*Golden Ring*, en la expresión anglosajona consagrada por los operadores turísticos), bien conocida internacionalmente por la extraña familiaridad que siempre existe con los puntos geográficos de exótica presentación, como es el caso de Reykjavik, pero, sobre todo, por ser el centro del descalabro económico de última hora, si bien las gentes no parecen acusar en demasía el golpe recibido por las instituciones financieras que pusieron al borde del colapso al país al completo. Se las encuentra uno paseando, alegre y desenfadamente, por las calles aledañas al magnífico lago que oxigena el conglomerado urbano de mayores dimensiones de este minicontinente helado. El diseño de la ciudad responde a unas sucesivas líneas en perpendicular que se disponen en modo fácilmente observable, pues al seguirse cada una de las bocacalles que desembocan en la laguna, objeto de nuestras anteriores palabras, se comprende el orden del planeamiento original. Como es habitual en la forma de apropiarse y hacer suyo el entorno inmediato, el nórdico prioriza el respeto por el medio e intenta, y muchas veces lo consigue, fundirse en armonía con la naturaleza que lo cobija. Excelente muestra de esta sensibilidad es la profusión de baños calientes, tanto en las casas particulares, cosa que a nadie habría de causar extrañeza, como en las instalaciones públicas, que emplean el calor de la tierra, en forma de vapor que aflora por doquier y a escasos metros de la superficie, para hacer más llevadero el ocio del hombre del norte, mucho más interesado en este tipo de actividades comunitarias que las solícitas de la soledad del individuo. De este modo, comparten y conviven en lo que, a menudo, y sin el debido juicio, se concibe como una morada imposible, alejada de la calidez del Sur.

El núcleo poblacional de la capital islandesa es el preámbulo, sólo eso, de lo que aguarda al viajero ansioso de nuevas sensaciones. Éstas no tardan en llegar. Conforme se emprende el primero de los tramos a recorrer, enseguida la ávida mirada del turista se siente cautivada por los atractivos de la inquietante explanada situada en el punto intermedio de las dos grandes placas tectónicas que surcan la tierra. Cicatrices enormes que se separan a un ritmo de dos centímetros por año, en un fenómeno que, al margen de otras consideraciones científicas, evidencia la fuerza e intensidad de la vitalidad de las entrañas del globo terráqueo. Pocas veces, limitadísimas se diría, tiene el atento viajero un otero desde el que contemplar el movimiento interno que anima al planeta y, sin embargo, Islandia brinda esa oportunidad, no sólo en el especial rasgo del paulatino y constante distanciamiento de la orilla americana con respecto a la euroasiática, sino en cada uno de los

espectáculos naturales que parecen darse el relevo a ambos márgenes de la estrecha carretera que circunda el territorio.

Luego de la brecha, horadada durante siglos, y salpicada de caídas de agua de pequeño porte, proseguimos la marcha en busca de los perfiles dibujados por la erosión marina en el litoral. La procesión turística hizo un alto en las playas del sur, batidas por un viento feroz, que, curiosamente, proveía al arenal de una atmósfera más auténtica, a lo que contribuía el incesante oleaje. El aire no daba tregua, pero eso no arredró al grupo en sus ansias de recoger, en las correspondientes instantáneas, la magia del enclave. En el borde rocoso, que hace de lindero natural, se elevan majestuosas estructuras basálticas de oscuro aspecto, que en su geometría exterior abundan en oquedades y verticalidades casi imposibles. Más hacia el extremo opuesto de la playa, se avistan, mar adentro, pero no tanto como para tener que buscar remedio en los prismáticos, extrañas formas que, en un tiempo pasado, estuvieron unidas a los edificios de basalto, pero que ahora semejan gigantes marinos que acechan al incauto que osa aproximarse a aquella sombría latitud. Al que de verdad ama lo marino, la estampa le termina por subyugar, sea cual sea su procedencia. Es una de las invitaciones a volver que depara el ambiente islandés. Y son muchas, por cierto.

Continuando por el camino serpenteante de la costa, perseguimos el otro lado de la punta sur de Islandia. En ascensión hacia los glaciares distintivos de la marca islandesa, si pudiera hablarse en estos términos, la ruta en carretera se espesa a medida que se aproxima a la franja costera. Es el momento justo de comprobar la pericia del chófer al volante y, cómo no, de incitar al goce compartido de la vista de mar y tierra en perfecto maridaje. No obstante, lo que deparó un grado creciente de asombro fue asistir atónitos a los efectos de la reciente erupción del volcán que paralizó la aviación civil en buena parte de Europa Central y el Mediodía. Atinar con su nombre, impronunciable de veras, era el divertido juego de la concurrencia. De todas maneras, fuimos informados del impacto catastrófico provocado en las estribaciones del mismo, con graves inundaciones, incluyendo la destrucción de vías terrestres e infraestructuras de gran calado y no menor coste para la orografía de este país. Supimos del inevitable arrastre de un puente importante en la conexión de ambos extremos de Islandia y del tiempo y detalles invertidos para ofrecer solución factible a la comunicación perdida temporalmente. Tras las noticias, los hielos aparecieron, con elegante grandiosidad, en las cimas de los que adivinábamos montes de escarpado tránsito. Se dibujó en la compañía la sonrisa del que, por fin, encuentra el objeto de su diseño originario del viaje. Era una alegría contagiosa; a tal punto que a los expertos acompañantes de la expedición, el guía y la persona encargada de la conducción del vehículo, les resultaba difícil sustraerse a la general impresión por más que estuvieran baqueteados en estas suertes.

Con inusitado interés montamos en unos vehículos anfibios, con el propósito de conocer de cerca la disposición y particular dinámica de los icebergs, pues estábamos en el punto estratégico en que un glaciar se disuelve en masas enormes de hielo que, poco a poco, se van desgajando del bloque central a medida que el impulso de la corriente de más arriba los empuja al entrante marino. Es una danza espaciosa, de lentitud señorial, digna de una observación acorde con el magno espectáculo del

que estamos siendo testigos. En un instante, la proa de la embarcación enfila hacia los bordes de la desembocadura del glaciar mientras nuestra mirada zigzaguea de un lado al otro en un declarado afán de que nada de lo presente quede ignorado. En esta inquietud, los responsables del *tour* se deshacen en explicaciones sobre cómo y por qué los hielos flotantes procesionan hasta el mar y, sobre todo, cuál es la composición material de los icebergs. Y, para general asombro, la intrépida interlocutora, pertrechada de los útiles necesarios para la tarea, rompe un considerable fragmento de hielo, momentos antes hábilmente recogido por el ayudante, y lo da a probar al grupo. Se constata la naturaleza de este improvisado regalo de otra época de la Tierra, aquella en la que el agua pura se transformó, bajo la acción de las frías temperaturas reinantes, en un duro trozo de hielo de apariencia azulada. La expectación aumenta al acortar los metros de distancia con los edificios helados y el repentino cruce de una borda a otra de la cubierta nos hace temer lo peor. Por fortuna, se impone la cordura y un espontáneo orden devuelve la tranquilidad a la expedición. Esa noche, ni el cansancio pudo evitar que cada una de las imágenes grabadas en la mente, a lo largo del día, se fueran repitiendo automáticamente, como si de una película se tratase.

Una tercera jornada fue íntegramente dedicada a la visita del interior de un glaciar, oculto tras una espesa capa de nubes, a una altura superior a los mil metros sobre el nivel del mar. Muy pronto, casi al alba, salvamos el sinuoso trecho de carretera que conecta la estación hotelera con la base de los todoterrenos que tendrían por misión hundirnos en la boca de la gélida corriente. Una vez allí, recorrimos una larga senda sin indicación alguna con un traqueteo que iba en ascenso. En un conato de desesperación, simpática e inteligentemente atajado por el guía-chófer, muchos de nosotros cuestionábamos el motivo de esta marcha sin fin. Se nos dijo, en un inglés entrecortado, que llegaríamos al lugar previsto de un momento a otro. Mientras, la calma fue recobrada a fuerza de preguntas sobre el origen de los sentados a la vera del conductor, que, en respuesta a la cortesía con la que era obsequiado, hacía chanzas con las anécdotas de los españoles o, inclusive, con los de su propia nacionalidad, para que no hubiera margen a la ofensa. De nuevo, el contento reapareció en los inquietos semblantes de los expedicionarios. Y, en estas estábamos, cuando la comitiva paró en un punto indeterminado, indiferente de lo dejado atrás. A la voz de bajarse, saltamos de los *jeeps* y comenzamos la caminata. A menos de un tiro de piedra, hubo una nube de *flashes*, signo inequívoco de que nuestros pies estaban en lo alto del glaciar, aunque no lográbamos captar una sola imagen medianamente clara del sitio. Otra nube, ésta de naturaleza atmosférica, impedía siquiera vislumbrar la extensión del torrente. Y, por mucho interés que se pusiera en ello, no pudo encontrar reflejo en las cámaras fotográficas, si bien nadie hizo ascos a la idea de tomarse una instantánea que registrara, al menos, la hora y la densidad nubosa. No hubo opción a otra cosa. Fue sumamente decepcionante, y más todavía, cuando de vuelta al punto de inicio, el día se abrió y las evidencias de que nuestra suerte había sido pésima ya nadie las ponía en discusión. Lagos, picos nevados de belleza impar, y glaciares a lo lejos que, en la subida por la gravera que hizo de camino, nos habían sido hurtados a la mirada. No obstante, sacamos provecho de la ocasión y, tras la pertinente petición a los conductores, paramos en los tramos singulares convenidos de mutuo acuerdo.

En el ecuador del viaje, la ruta se desvió hacia los inhóspitos confines de la tierra islandesa, en los que su paralelismo con las llanuras de otros planetas del sistema solar, al decir de los expertos en estas materias, es más que manifiesta. En lo particular, Marte y la reseca superficie que se alongaba hasta el horizonte no diferían mucho en aspecto y condición. Extremos ambos que, en diligente observación, apuntaba el guía local, pero que, por otra parte, venían bien expuestos en los libros de mano de que se acompañaban algunos compañeros. El docto parecer de tales publicaciones, repletas de referencias, acogía aún, si cabe, mayor asomo de sorpresa por el calibre del fenómeno. Alcanzamos una alta cresta, sobre el páramo, y confiamos a la mirada el lento proceso de asimilación del cambio natural de los anteriores glaciares y lo ahora contemplado. Sin embargo, la tarea no era fácil. Divisada la cordillera de montañas, cuajadas de hielos, en cuyas estribaciones los ríos discurrían vigorosos, porfiaba en demasía que, pocos kilómetros más allá, todo desapareciera; que la naturaleza, antes verde y repleta de vida, fuera el parco testimonio de un erial; que el agua, de presencia constante, brillara por lo contrario: una ausencia aplastante. Con todo, no había malestar en el grupo. Quiero decir que, pese a la aridez de las rocas, el imperante ocre de los tonos y el no menos imponente silencio que envolvía el círculo polvoriento de una tierra abrasada por el sol, el encanto de Islandia no decrecía. Lo que, a primera vista, podría hacer naufragar la iniciativa del turista, en pos de la experiencia nórdica, suponía un capítulo de insuperable atractivo. El cruce de miradas, que por un instante se produjo en aquella geografía sobrecogedora, así lo sentenció.

En dirección al Norte, el paisaje cambia radicalmente. De un aspecto agreste, inhumano en el literal sentido del término, se pasa a un abigarrado muestrario de vida. El mar protagoniza la escena y el medio de subsistencia del hombre. En otro tiempo, las localidades que tocamos, fueron puertos de próspera explotación pesquera, en especial, del bacalao o el arenque. En estas fechas, son la triste imagen del antaño ganado poder industrial y comercial. Pueblos en franco retroceso social y económico que intentan recobrar el pulso con la apuesta por el turismo o, en su caso, con la implantación de industrias fabriles que, para sus objetivos y desarrollo, necesitan de las ideales condiciones de Islandia. Hay un número elevado de plantas dedicadas a la producción en masa de aluminio, que, tras la laminación final del proceso, es de inmediato embarcado con rumbo a cualquier punto del globo. Es de tal orden el impacto de estas fábricas en el índice de la riqueza nacional que las sospechas acerca de su influjo en las decisiones del gobierno local han dibujado una gráfica creciente, y de una potencial intromisión en las labores ejecutivas, se ha derivado hacia un juicio peyorativo en cuanto a una más que probable pérdida de soberanía e independencia de criterios. Sin embargo, el aluminio ha aportado, en el plano laboral, muchos puestos de trabajo, los mismos que, con el deterioro de las pesquerías, se echaban en falta. Aquellos que, educados desde la infancia en el cultivo de lo marino, sufrían el drama del cierre de las instalaciones de tratamiento y envasado del pescado, y no eran atendidos en sus deseos de un reciclaje profesional, hallaban una esperanza cierta en el sector de la metalurgia, para el que, además, no se exigía una capacitación específica.

Pese a la presión turística, las costas siguen manteniendo ese aire de tierra virgen tan característico de los paisajes islandeses. El encanto de la naturaleza, y la

consecuente sensación de agrado personal, no decae por real que sea el progreso industrial de las poblaciones cercanas. Por el contrario, maravilla, aún más, la conseguida preservación del ambiente primigenio del que se solazan los nacidos en el lugar. Este respeto por el medio prende en muchas de las actividades que se desarrollan a lo largo de línea costera, mostrando una de las singularidades más perceptibles a la llegada a Islandia, tal que el turista, al concluir su estancia, recuerda gratamente el entorno y cómo el hombre, en su relación con él, observa la máxima moral de no agresión. El ensimismado viajero, al levantar la vista, goza de sensaciones que, por desgracia, en su ambiente original habían quedado sepultadas bajo las nubes de la contaminación y otro tanto vale decir de los ruidos de la vorágine urbana. Allí, todo eso termina por difuminarse a las primeras de cambio, dada la proximidad con la madre naturaleza. En abundancia de esta idea, y en determinados recodos del itinerario, los preñados justamente de una calidad especial, por lo indómito o salvaje de su aparecer ante nosotros, o quizás por la estampa única del conjunto, servían de excusa perfecta para administrar las paradas del vehículo que nos conducía al puerto de Akureyri, en donde estaba prevista la pernocta de aquel cuarto día. No sólo fue el conquistar el fiordo *Eyjafjörður*, que en su nombre lleva la penitencia -según decíamos con cierta sorna-, sino la cuantiosa lista de calas y cantiles lo que sembró de ilusión al grupo. En cada uno de ellos, esparcíamos un poco de la gratitud que sentíamos por Islandia, y en la forma que mejor encontrábamos, que no era otra que la toma casi compulsiva de instantáneas. En un momento, fue el avistamiento en lontananza de los frailecillos, aves de intenso colorido que tienen en el mar su fuente de alimento y en las afiladas piedras de los acantilados el hogar y su entrañable nidada, los recogidos por las eficientes máquinas fotográficas; en otro, los leones marinos, que, majestuosamente, emergían de las profundidades para dejarse ver, como en un simpático guiño de la naturaleza que se ofrecía complacida al visitante; y, en un tercero, el mismo e insondable piélago.

Cómo no, hubo un tiempo para las ballenas. Los cetáceos toman los fiordos islandeses para nutrirse del rico plancton de sus aguas. No es raro divisarles a determinadas horas del día, incluso formando grupos reducidos. La pintoresca imagen de estos imponentes animales rivaliza, en interés y curiosidad, con la suavidad de una coreografía casi imposible para el volumen y largura con los que cuentan cada uno de ellos. Parecen estar en suspensión, siendo el mar una mera anécdota que les rodea y acoge. La atracción turística por el *baile* de las ballenas, lejos de menguar, se acrecienta con el continuo paso de las hordas de viajeros, ansiosos por degustar la especial flexión marina de rorcuales -la especie más común- y algún que otro narval, de hosco semblante. Suele embarcarse, en las primeras horas del día, y aun de la tarde, a fin de aproximarse a las zonas habituales de avistamiento y esperar, pacientemente, a que los vivíparos se presenten, entre ufanos y displicentes, ante la atónita mirada de los turistas. Del nuestro, apenas la mitad completó la singladura; sin embargo, la comitiva volvió bastante contenta del encuentro con las ballenas. Tres o cuatro aletas dorsales dieron la señal de que la dirección dispuesta por el capitán de la nave había sido la afortunada, y luego, tras la reducción de máquinas, pudo, al fin, contemplarse en su completa magnitud el fenómeno. De una borda a la contraria, en pos de la mejor instantánea, se movían atropelladamente los inquietos ojeadores, meneando las

tabas que daba gusto. Que si ésta era la más pequeña; que si la otra, la que la seguía, era la madre. Hubo un comentario para una tercera aparición que, de tanto repetirse, colmó de satisfacción al grupo: "esta es la más grande", se dijo cuando el lomo del animal cruzó de lado a lado la proa del barco. Ya en tierra, con el pecho henchido de alegría, se brindó por la experiencia y se visualizaron las imágenes retenidas en las cámaras.

En las postrimerías del circuito, pasamos por diferentes puntos de la Islandia urbana, la que se acerca a la capital. Ahora, se me viene a la memoria el tránsito por uno de los puertos interioranos, en el que se nos advirtió que las duras temperaturas invernales y el gran manto de nieve que cae con frecuencia producen el cierre de la carretera, inclusive de túneles y otras infraestructuras aledañas. La mejora reciente de las vías ha obrado el milagro de que la circunstancia descrita no menudee y, en consecuencia, el país mantenga las conexiones entre ambas latitudes. En el plano personal, la umbría que se extendía, de vez en cuando al paso de la expedición, trocaba en lúgubre el estrechamiento de los desfiladeros de las montañas, haciendo volar la imaginación sobre las leyendas de las sagas escandinavas, muy propensas a esta suerte de introspecciones. Con el cielo abierto, terciando el azul del mar en el horizonte, el panorama también cambiaba. Llegamos a un pueblito paradisíaco, de nobles construcciones, escondido entre los meandros costeros, muy conocido por ser el cobijo de la señora Petra, la "dama de las piedras". Actualmente, reside en Reykjavik, donde ha ido a parar por su avanzada edad, enclaustrada bajo las paredes de una institución para mayores, aunque no faltan las ocasiones en que vuelve a Stöðvafjörður. El museo que lleva su nombre destaca por la recolección, ordenada y bien gestionada, de minerales y piedras diversas. Además, como gustaba del coleccionismo, casi de manera obsesiva, ha ido acumulando objetos que poco o nada tienen que ver con la geología de Islandia. Por ejemplo, imágenes disecadas de animales de varios continentes repartidas por las habitaciones de lo que, en otro tiempo, fue la vivienda familiar. En las afueras, sobre todo en el jardín trasero, el muestrario multiplica el efecto del interior, puesto que la escena rebosa de un verde espectacular, expresa invitación al descanso de los sentidos.

En avance continuo hacia la capital, se llega a una porción de tierra que aglutina muchos volcanes seguidos, tantos que se pierde la cuenta. No son muy elevados, ni tampoco de diámetro desorbitado, y, entre ellos, forman una hilera que se enreda como una trepadora por la superficie de un enverjado. El atractivo, a ojos del turista, es seguir la línea que trazan a lo ancho del terreno justo enfrente de la orilla marina. Se nos informa que la amplia laguna que separa los volcanes del contacto con el mar abierto se originó, geológicamente hablando, en un tiempo reciente, no más de un millar de años. Esta evidencia, hábilmente aprovechada por los guías locales, introduce un elemento de reflexión, así como una ironía del *tempo* histórico, ya que gran parte del legado arquitectónico de Europa sobrepasa, con relativa holgura, ese límite. Catedrales o palacios, iglesias o casas señoriales resultan añosos con respecto a un fenómeno natural, lo cual no deja impávido a nadie. Era el factor preciso, culminante por lo demás, para obtener una idea de conjunto de los cambios que asolan la "Isla de los hielos". Antes del retorno definitivo a Reykjavik, estuvimos en otra "isla", así nominada por los lugareños y

que recuerda, vagamente, lo que fue una catarata. En los paneles explicativos, dispuestos a la entrada, queda aclarado el motivo de la especial conformación rocosa, alrededor de la cual ha crecido desgovernadamente la vegetación. Lo tupido del paraje crea desamparo entre los visitantes, que tienden a la huida o al pronto abandono de la aventura por los escasos caminos que lo atraviesan. Sin embargo, hay que persistir, puesto que, de hacerlo, en su final se encuentra la paz y la armonía de un sitio inigualable, auténtico reducto de las esencias del suelo islandés; en suma, el premio del esforzado turista. Las paredes de basalto, a manera de empalizada, lo protegen, y el agua cristalina que lo baña, riega de vida el núcleo de silencio que habita tan especial círculo. Existen unas plataformas que protagonizan una visión privilegiada desde la altura, llevando la mirada hasta los últimos escondrijos y haciéndola disfrutar de la gozosa lentitud que rezuma el lugar.

Entramos en la etapa final del viaje. La tristeza, de manera paulatina, se va apoderando de nosotros. Hay un común sentir que protesta en contra de esta certeza. Han sido unos días memorables, de agasajos y hallazgos impensables. Las personas, pocas desde luego, con las que hemos tenido oportunidad de cruzarnos han manifestado una conducta exquisita hacia el grupo, y más aún, al saber de nuestra procedencia hispana. Y qué decir de la Naturaleza en todo su esplendor, que ha sido fiel testigo de nuestros desvelos por aprehenderla con la maquinaria audiovisual al uso, aunque la verdadera posesión, la que nunca habrá de perderse, es la obtenida con los ojos del corazón. Este país norteamericano, con ser impresionante en sus cuatro esquinas, no por ello deja de cautivar al expedicionario que, franca la mirada y entusiasta el ánimo, se entrega sin remilgos a la contemplación de cuanto se le presenta. A escasas millas de apearnos definitivamente del vehículo, todavía hay resquicio al embelesamiento por la obra islandesa. En los folletos de viaje, se explica con meridiana claridad que la ingeniería civil ha alcanzado unas cotas de prestigio y relevancia internacional que no deben ser echadas al olvido, precisamente, por la sabia combinación de respeto por lo natural y eficacia en el planeamiento. Era lo único que nos faltaba para que el juicio, no tanto sobre el viaje y la ruta practicada, como sobre el solar islandés, se elevara muy por encima de los calificativos mediocres con los que habitualmente se adjetiva la estadía en una población determinada. Rodando por la carretera, en paralelo a la marina, fuimos a parar al extremo de uno de los brazos de un fiordo, justo el que antecede a la acogedora bahía de Reykjavik, en el que una negra boca de túnel engullía el tráfico, por aquellos instantes, bastante nutrido. Con respecto al exterior, la temperatura cayó unos diez grados en el mercurio, inequívoca señal de que el hueco perforado bajo el sedimento marino, uniéndose exitosamente las dos orillas, había sido acondicionado en perfecto acuerdo con el entorno medioambiental y las necesidades de los humanos. En ningún momento, al menos en la actualidad, el progreso tecnológico rompe la virtud del diseño natural. Todo lo más, hace suyo el esfuerzo por adaptarse a él. Así, el orgullo del islandés por su tierra, termina por ser también el nuestro.

De vuelta en la capital, aparecen los nervios de siempre. Que si el equipaje, que si los regalos pendientes, que si la pérdida de esto o de aquello. Escaleras arriba, escaleras abajo en el hotel. Parece que, de este modo, se restituye la calma. Un ritual con el que el turista ha de cumplir, no tanto por su deseo, cuanto por la

naturaleza de su efímero oficio. Un oficio, y pronto se dice, sin jornal. O sí. Islandia paga doblemente al que le rinde visita, y lo escrito hasta aquí viene a ser la prueba fehaciente del aserto. Pero, nada enjuga la deuda que se contrae al despedirse de ella. Sólo el prometido retorno es capaz de extinguirla.

Sírvanse recibir el más cordial de los saludos,

Juan Francisco Martín del Castillo
Las Palmas de Gran Canaria